

Micumán

Marco Rossi Peralta





Rossi Peralta, Marco Joaquin:

Micumán .- 1a. ed. – San Miguel de Tucumán: Monoambiente Editorial, 2016.

Monoambiente Editorial

Email:editorialmonoambiente@gmail.com

Fb: Monoambiente Editorial

Fotografía de tapa: Zaida Kassab y Daniel Ocaranza.

Músicos: Patricio Gallo, Agustina Ganami, Priscila Hill, Santiago Fernández, Marco Rossi Peralta.

Edición musical: Patricio Gallo.

Ilustraciones: María del Huerto Romano.

Micumán

Marco Rossi Peralta

*A mi mamá
que me apoyó incluso cuando creía que me estaba equivocando,
incluso cuando definitivamente me estaba equivocando.*

*A Ayi
que creyó en todo lo que hice y creyó en mi escritura, antes de que
escriba.*

*A Cata
que creció conmigo.*

*A Benjamín
con la esperanza de que un día lea esto y sepa cuanto lo quiere su
tío.*

*A Paz
que tiene la culpa de que este, a veces, sea un libro enamorado.*

Prólogo

Está hecha con nada, o casi nada, la poesía de Marco Rossi Peralta. Sus versos, cuando uno los lee, no parecen versos sino las modulaciones de una voz que se deja llevar por sus historias, con esa naturalidad. Como si contar y cantar fueran lo mismo, como si la anécdota (vista, por algunos poetas, como residuo) fuera el verdadero tesoro sobre el cual estos poemas detienen su mirada.

A veces, estas vidas se entrelazan unas con otras, a veces sus deseos o sueños (como el de conducir un colectivo, o mover una casa de lugar) se aíslan y brillan hasta encontrar un lugar en el mundo, una suerte de eternidad (como casi todo en este libro) que se escapa del tiempo y su asedio constante. De hecho, hay un poema que se llama “En un solo segundo”, donde una mujer y un hombre (María y Pablo) que no tienen nada, tienen sin embargo el amor de sus cuerpos y con eso -la demorada entrada de uno en el otro- logran vencer a la muerte.

Sus poemas me llegaron a través de un mensaje que Marco me envió por *facebook* una de estas últimas mañanas de invierno. Abrí el archivo y enseguida quedé deslumbrado. Uno de esos

poemas, me acuerdo, decía así: *Carlos le dice a Lucas / que a veces / le parece / que el amor no alcanza / que a veces es poco. // Y Lucas le contesta / cómo va a ser poco / si no tengo más.* El poema se llama “Amor”. Lo que sentí, al leerlo, es que la poesía empezaba otra vez, como si nada hubiera pasado. En la voz de este chico de veintipico de años nacido en Tucumán (o *Micumán*, como se llama este libro), después de todos los apocalipsis, su voz volvía a nombrar las pequeñas cosas del mundo. Cercana, tierna, sin pretensiones. Como en *La canción del barrio*, quizás, de Carriego. Con esa inocencia.

Oswaldo Bossi

*Yo partiré soñando travesuras
acaso multiplicar panes y peces.*

Silvio Rodríguez

Giuliana



Cuando te conocí

Tu hermanito estaba sólo
jugando con una pelota
fui a jugar con él
para que vos me veas,
nosotros no jugábamos
con tu hermanito.

Después se sumaron otros amigos
y el Cabudo la tiró al patio de una casa.
Trepamos a la tapia
Chupetín y yo
en carrerita.

Él no se animó a meterse
entonces le dijeron
idiái cabeza descalza.
Y yo te mantuve la mirada
mientras bajaba de la tapia
triunfante
con la pelota
de tu hermanito.

Resistencia

Qué vergüenza

esa tarde

que jugábamos a la pelota

y vos andabas por ahí,

espero que no hayas visto

cuando el Cabudo

pesado

me tiró al piso

y me asfixió con su panza.

Yo luché con todas mis fuerzas

y nunca dejé de resistir

hasta que el Cabudo

se aburrió

de asfixiarme

y yo hice de cuenta

que yo

con mi lucha

me lo había sacado.

Pregunta

¿Por qué le dicen Chupetín?

Porque es flaco, cabezón, pelado
y se le pega la mugre.

Botellita

En el cumpleaños del Chiqui,
que era muy amigo tuyo
y muy amigo mío,
jugamos a la botellita.

Giró la botella
tocó la Gabi y Chupetín
ella no quiso
porque Chupetín
no se bañaba.

Giró la botella
me temblaron las manos
el Chiqui y la Gabi
se besaron
en una casita miniatura
sin revoque.

Giró la botella
el Chiqui y Giuliana,
no hubo excusas.

Giró la botella
primero apuntó a Giuliana,
después quedó entre Chupetín
y yo.

Todos gritaron opinando
qué había que hacer
que tire de nuevo
que está más para allá;
yo me quedo callado
y espero la sentencia.

Entonces
como pocas veces
el deseo puede más que la suerte,
y las voces de Giuliana
que me elige a mí
y del Chiqui, que sabe

que yo gusto de ella
deciden nuestro pico.

Vos estabas apoyada en una reja
me acerqué con los labios titubeando
y te besé
justo cuando todos
se asomaron para vernos.

Fue tan rápido que no sé
si en realidad
nuestros labios se tocaron
pero sí fue
la primera vez
que alguien quiso besarme
y justo vos Giuliana,
justo vos.

Qué felices
las ocho cuerdas
que caminé
esa noche
hasta mi casa.

Perdón

Cuando el Chiqui me dijo
que se había muerto tu mamá
en un boliche a la madrugada
yo quise decirte algo Giuliana.

Y cuando me dijo que además
hace rato no tenías papá
yo quise abrazarte Giuliana.

Pero no me animé
me quedé sólo
triste
mirando la placita.

Porque cuando era chico
el miedo
y el amor
eran la misma cosa.

Chau

A pesar de todo
estaba contento
porque ahora
ibas a vivir con tu abuela
más cerca de mí.

Nunca me imaginé
que te ibas a ir
a otro lado
para siempre
sin decirme chau.

Nunca dejé de buscarte
en otros lugares
en otras caras
en otros picos,
aunque más largos.

Gusto de vos

Todo lo que supe del amor
entra en esas tres palabras
no aprendí nada nuevo

no sentí otra cosa
desde que le dije a Giuliana
gusto de vos.

No más se fue dividiendo en palabras
esa cosa medio nerviosa,
medio rara y medio hermosa,
si me disculpan la rima.

Pero detrás de todos estos poemas
de las canciones de amor que escribí
las largas palabras que te dije
a vos
que ya no sos Giuliana;
detrás de las charlas filosóficas
preguntándonos qué es el amor
a las cuatro de la mañana,
detrás de todo eso
no hay otra cosa
que un gusto de vos.





Una de cal y una de arena

*Homero está cansado
come y se quiere acostar
vuelve a amanecer y entre diario y mate
se pregunta
¿Cuánto más?*

Viejas Locas

Los petisos morochos

A Lucas le gustan los petisos morochos.

Las personas no dicen qué les gusta,

aunque es fácil de saber,

alcanza con preguntar a una mujer, por ejemplo,

si te daría un beso, y listo.

Pero hay una trampa,

muchas mujeres te besan

sin que les gustes,

por no ir en contra

de los gustos de moda.

Porái te besan de compromiso

si sos rubio, alto

medís más de uno ochenta,

para que no les digan
que lenta que sos
que pete que sos
que virgen que sos,
y no decir que les gustan
los petisos morochos.

Lucas se lo dice a Carlos,
su petiso morocho.

Se lo dice a su mamá
cuando van en el bondi,
le muestra los edificios gigantes
que construyó el petiso:

*Más que lo imponente de la obra,
me impresiona lo perfecto que revoca
-confiesa Lucas- y cómo un día sale
en la bicicleta y a los seis meses
esa cosa está ahí parada,
me impresiona el petiso.*

Su mamá sonrío,
a ella también le gustó un petiso morocho.

Amor

Carlos le dice a Lucas
que a veces
le parece
que el amor no alcanza
que a veces es poco.

Y Lucas le contesta
cómo va a ser poco
si no tengo más.

Changuito

La primera vez
que Lucas
se pintó los labios
no se escondió.

La primera vez
que le gustó
un changuito
del otro curso
no sintió culpa.

La primera vez
que besó
a ese changuito
casi
sin darse cuenta,
no lloró
de vergüenza.

La segunda vez/Papá

Qué pingo hacés
puto de mierda
puto de mierda
puto de mierda.

Mamá

Yo te voy a querer siempre
porque sos mi hijo.
Y lo toca
y lo mira
y lo abraza
y lo mima
y se encuentran.

Whatsapp

Carlos:

odio verte llorar
porque quiero
que siempre
estés feliz.

Hoy llorabas por mí.

Los momentos de la vida
que uno quiere que sean perfectos
nunca son perfectos,
uno quiere que como en las pelis
nadie hable
y toquen violines
y etcétera.

Pero en cambio tocan bocina
y al boludo de la tele
se le ocurre decir
que San Martín juega como el Barcelona
cuando tu novio llora por vos.

Lucas:

Los violines están atrás

de millones de besos de mentira
todos olvidables,
nosotros tenemos besos de verdad
y al gil hablando de San Martín
para no olvidarnos nunca.
Y si San Martín quiere jugar
como el Barcelona,
que Brad Pitt quiera ser
como yo
cuando te beso.

La obra

Al papá de Lucas lo miran raro
cuando está zarandeando
la arena.

A tu hijito le gusta
que le peguen
una zarandeada
¿no?

Una de cal y una de arena

El polvo blanco

suspendido en el aire
tapa la noche.

Lucas dice que hay que poner
las ventanas mañana
porque entra viento
y les hace frío.

Una de cal y una de arena,
las bolsas que sostienen
a Carlos y a Lucas.

En el conglomerado
la transpiración hace arder
la cal en los cuerpos
y no importa.

Nada existe atrás
de los andamios
los ladrillos
las baldosas
y las paredes a medio hacer
que los defienden.

Evolución de mi forma de correr

Pablito

Cuando tenía cuatro años
me di cuenta que mis compañeritos
corrían poniendo las manos
de diferentes maneras,
algunos cerraban los puños
otros extendían las manos
otros las dejaban relajadas,
desde ese día no pude correr
sin pensar en mis manos
y comencé a tensionar los dedos hacia atrás
como Pablito
que siempre
te pillaba.

Catalina

También estando en jardín de cuatro
le conté a mi hermana, un año mayor
que había aprendido las vocales
y se las pronuncié
separadamente
como me enseñaron:

a – e – i – o – u

me dijo que así se empezaba
pero que estaba mal
que a los de cinco
les enseñaban bien,
había que pronunciarlas rápido
que era más difícil
y entonces practiqué:
aeiou aeiou aeiou.

Gonzalo

En tercer grado el más rápido
era Gonzalo,
me encantaba verlo correr
lo admiraba.

Supe que su secreto
era levantar las rodillas
muy alto
pero no me atreví a imitarlo.

Papá

Gonzalo me mostró un día
su pase de colectivo,
con ese cartón podía subir gratis
las veces que quería,
e ir a cualquier lugar
al que llegara el 6 o el 106.

Su papá era colectivero,
Gonzalo era un ser superior.
Hacía tres años que yo no veía a mi papá
nunca había conseguido nada por ser su hijo
y no estaba seguro de cuál era su trabajo.

Nicolás

A los quince años me di cuenta
que cuando corría jugando a la pelota
ponía las manos exactamente igual que Nicolás,
como un tiranosaurio,
con los antebrazos en paralelo al piso.

Nicolás era un compañero
flaco como yo,

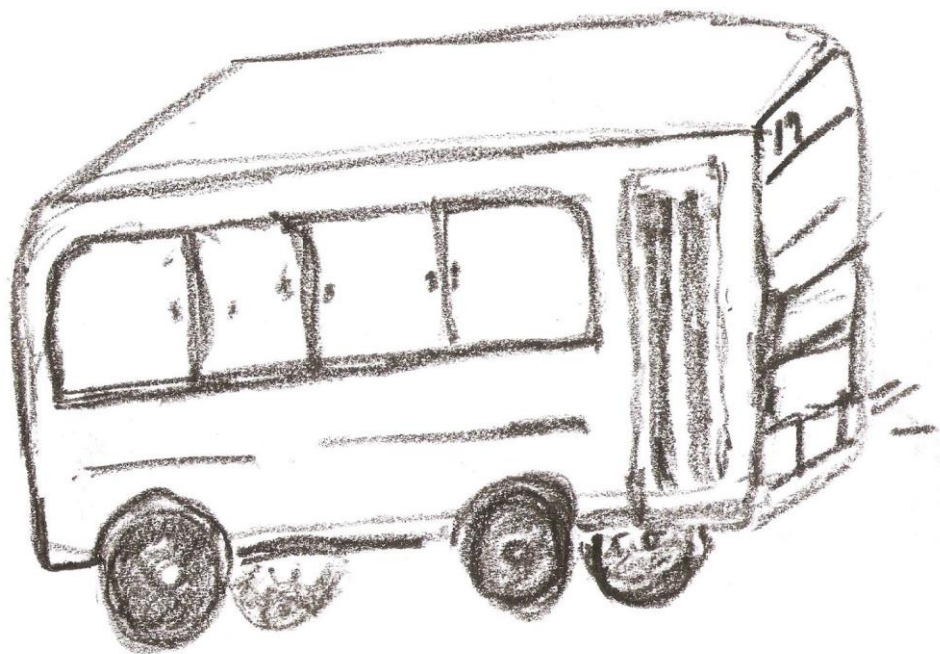
o eso quería creer,
pero a él no lo cargaban
no le decían escoba
porque era un palo con pelos
o esqueleitor,
y no le decían que no juegue
porque se iba a quebrar
y nunca
lo elegían al último.

Nicolás era la demostración empírica
de que mi vida podía ser
de otra manera.

Ahora

Ahora no sé
si corro parecido
a Pablito, Gonzálo o Nicolás
porque ya no corro
ni pa alcanzar el bondi
pero los quiero abrazar
por enseñarme sin querer.

Tamalito



Salgamos de una vez. Salgamos a buscar camorra, a defender causas nobles, a recobrar tiempos olvidados, a despilfarrar lo que hemos ahorrado, a luchar por amores imposibles. A que nos peguen, a que nos derroten, a que nos traicionen. Cualquier cosa es preferible a esa mediocridad eficiente, a esa miserable resignación que algunos llaman madurez.

Alejandro Dolina

Imposible

Hoy me di cuenta que nunca

en mi vida

voy a manejar un colectivo.

¿Qué loco no?

le dije a mi novia.

¡Tantas cosas no vamos a hacer!

Me contestó,

como ordeñar una vaca

o hacer un balance.

Pero yo sí ordeñé una vaca
cuando fuimos a la granja
en tercer grado
y un balance no es algo muy difícil.
Pero manejar un bondi...
Es imposible
y ahora quiero hacerlo.

Preguntas

¿Quién sabe dónde se aprende a manejar un colectivo?

No hay escuelas, ni enseñan en las empresas,
uno ya tiene que ir con el carnet profesional
y para sacar el carnet ya hay que saber.

¿Y de dónde carajo saco un colectivo?

¿Solamente puede aprender un hijo de colectivero?

¿Hay que hacerse amigo de un colectivero?

¿Son una casta los colectiveros?

¿Las casas se mueven?

Ahora entiendo a mi sobrino
que ayer, con dos años y medio,
me preguntaba si las casas se movían.

Le contesté que no, sin pensar.

Lo agarró una tristeza que pocas veces vi
una tristeza sin llanto
de esas que son para uno
no para andar mostrándolas.

Le expliqué rápidamente
que había casas que sí se movían
y que podía tener una cuando sea grande.
Pero él quería mover esta casa,
la de su abuela.

A lo mejor para que viva más cerca suyo
o para que esté cerca de los barcos
que le gustan tanto.

Cagón

En el diario descubrí,
al mismo tiempo,
a mi nuevo héroe
Tamalito,
y cómo se consigue un colectivo.
Pero no lo voy a hacer
porque me da miedo.

Tamalito

La madre de Tamalito
lo dejó en el hogar Eva Perón
a los 10 años.

Conoció los colectivos
vendiendo estampitas.

*Cuando se le escapaba a la madre
y no tenía dónde dormir
los choferes lo llevaban a sus casas,
lo tenía un día uno, otro día otro...
Cuenta una vecina.*

Los colectiveros son
su ejemplo a seguir
su gran admiración
sus padres celestes.

*Este chico está obsesionado
con ser colectivo, ese es su sueño.
Varias veces le dije:
'si ese es tu sueño bajá un cambio,
comportate y yo te voy a pagar*

para que vayas a aprender a ser chofer.'

Dice Gaspar, el abuelo de Tamalito.

El debut

Tamalito, como yo, sabe que es mentira

eso que promete su abuelo

que no es así de fácil

así que en el 2010,

cuando tenía 10 años,

robó su primer colectivo

y lo manejó durante 5 horas.

Colectivero

En junio de 2014 se robó 3 colectivos,

dos eran colectivos de línea

el otro era el colectivo de Sergio Galleguillo.

Las tres veces Tamalito

estacionó el colectivo

a algunas cuadras

de la casa de sus abuelos,

él solamente quiere llegar al barrio

manejando un colectivo

y que todos sus amigos lo vean.

Aclaró su abuelo Gaspar.

A Tamalito no le interesa robar,
llega al barrio y deja el colectivo estacionado,
lo encuentran los policías y se lo llevan,
siempre pasa eso.

Lo único que le interesa
es ser colectivero
ese par de horas que pueda manejar
hasta llegar a su barrio
y que lo vean todos
y que lo sepan todos
que Tamalito es colectivero.

Benjamin

Yo nunca voy a tener esa valentía.
No voy a manejar un colectivo,
pero esta será mi venganza.
Le voy a dar fuerzas
y todos mis recursos a mi sobrino
para que un día, cuando tenga mi edad,

se atreva a mover la casa de su abuela.
Que le pase dos fierros por los cimientos
y la arranque con una grúa,
y si no se puede que le ponga una bomba
y traslade ladrillo por ladrillo y la reconstruya.

Si pasaron 20 años y estás leyendo esto,
Benjamin,
te digo que tu abuela va a estar en contra
pero vos tenés que mover esa casa,
te van a decir que estás loco
y un montón de boludeces.
Pero míralo a tu tío, Benjamín,
que no se te pegue la tristeza
que tengo en los ojos.

Hacé lo que tengas que hacer
y mové esa casa a donde quieras.

Majo



Heladera

La heladera de mi amiga Majo
me pregunta cada vez que busco agua,
con tinta indeleble:

¿Por qué sentimos de alguna manera?

Y yo que no sé qué decirle
me voy a tratar de sentir
alguna cosa, una tristeza
o lo que encuentre por ahí,
y miro alrededor
como buscando
quién me la dejó.

Barrilete

Majo sueña con que alguien
quien sea, donde sea
le regale un barrilete
y la invite a volarlo.

Cuando eso pase
va a sentir que eso es todo

que ya no importa nada
que la vida es eso y ya está.

Ya le pasó soñar de esa manera
fue primero con que alguien
le regale un montón de globos.
Cuando llegó a su departamento
y vio todos esos colores inflados
se emocionó tanto
lloró cuatro horas,
y fue su mejor cumpleaños.

La otra vez fue cuando Marcos,
el peronista,
le regaló una paleta.
Marcos no entendía
por qué
no dejaba de llorar
ni de chuparla.

Puentes

Majo me escribe poemas
pero no son de amor,
son de tristeza

o de un amor medio raro
y más profundo.

Ella acompaña mis lágrimas
con un poema,
como una mirada triste
que llega a tiempo
para decir
no te vayas
que yo te entiendo.

Para atrás

A veces llego a su monoambiente
con algo para que pensemos juntos.

El tiempo corre para adelante
después de que tiro un vaso,
se rompe, y después barro el vidrio.

¿Qué pasa si podemos hacer
que el tiempo corra para el costado?

Voy en una línea de tiempo
en la que agarro un vaso
y después tomo agua

y después lo tiro
y entonces el tiempo corre hacia un lado
y me fumo un cigarrillo
y salto a un costado
y me subo a un elefante
y entonces estoy en bicicleta
y cuando agarro la Chacabuco
me caigo de un edificio.

Con los ojos untados
en mermelada de durazno
y la voz a media vida
me dice
que bueno sería
a veces
que el tiempo corra para el costado.

Entonces le digo
que yo estoy seguro
de que el tiempo corre para atrás.

Toda la vida es espera,
los momentos esperados

llegan al mismo tiempo que se van
lo esperado, al llegar, se revela en nueva espera.

El primer beso que me dio María
es el beso más hermoso que tuve
pero solamente lo es y lo fue siempre
porque lo nombro así
ahora.

Entonces la causa sucede después del efecto
y no hay nada más real que lo hermoso de ese beso.

Pero Majo ya no me escucha,
su tiempo ahora
va para atrás.

Realidad

Hay momentos en que Majo
tiene miedo de estar enloqueciendo.

Son momentos en que descubre
lo que siempre estuvo ahí.

Mira un colectivo y no puede creer
que un hombrecito mueva desde su asiento
ese tacho inmenso de metal

con un montón de personas encima.
Es mentira, me dice, eso no puede ser.

Miramos la pared
y qué increíble
que un ladrillo
esté arriba de otro
porque alguien lo puso
mientras pensaba en su hijo,
o en cómo decirle a su mujer
que la obra se terminaba
y ya no había trabajo,
qué ladrillo triste
qué naranja apagado.

Majo me dice que en esos momentos
no entiende la realidad,
yo le digo que solo la entiende
en esos momentos.

Pablo y María



*¿Por qué no lloras un poco
vos que vas bailando tanto?
llora bien abrí los ojos
y después seguí bailando.*

Gabo Ferro

Mantecol

Cuando Pablo probó el mantecol
por primera vez
tenía diecisiete años.
Entonces,
mientras se desarmaba en su boca
el sabor increíble
entendió que su boca
no iba a probar
tanto dulce,
que sus manos
no iban a tocar
tanto suave,
que sus ojos
no iban a mirar
tanto rojo.

Sintió la infinidad
del universo
y las agujas del reloj
en el alma.

Pizarrón

Ahí está Pablo
mirando el pizarrón
pensando en que se termina
su último año,
de secundaria.
Ahí entra María
y se cruzan
las miradas.

Ella comienza con su clase
de anatomía.

Cuando explica las partes
de la vagina

Pablo se pone rojo
incandescente.

Ella no puede dejar
de mirarlo

y de sentir
que su explicación
es para él.

Pablo tiene miedo
de enamorarse,
él sabe
que el amor
apura el tiempo.

Cinco horas a las tres de la mañana

Hace muchos días Pablo se acuesta
a las tres de la mañana.

Se levanta tipo ocho,
como siempre.

El sueño no se le corrió,
lo perdió.

No le postergaron sus sueños
se los cancelaron.

Los jubilados duermen poco
cinco horas está bien, le dicen.

Él tiene veinte años

pero sobre todo tiene miedo.

Cuando envejezca y vaya perdiendo

más y más sueño

¿de qué se va a acordar,

qué va a contar

cuando en el día no le pase nada interesante,

cuando no tenga más que alimentar un perro

o avisarle a un hijo indiferente que sigue vivo?

Sexo

Pablo y María saltan

por encima del transcurrir

del tiempo.

Él sigue corriendo

pero no los toca,

el tiempo está después

de sus cuerpos.

Hasta que caen

y el tiempo los revuelca

y les sacude

el deseo, las ideas

y las agujas los retuercen

con más fuerza
y ya no entienden
por qué
están ahí donde están
y tienen qué
lo que tienen qué.

Hijos

A Pablo le duelen ya
sus cincuenta años
mira cómo crecen sus hijos
y piensa
que cada centímetro
hacia arriba
es un empujón
hacia la nada.

Asiento

Pablo llega a su casa
con cansancio preocupado:
María,
hoy me dieron el asiento

en el colectivo,
no sé por qué.

En un solo segundo

Pablo y María están mirándose
tienen mirada de changuito,
de changuito cuando mira a su mamá
y sabe que lo va a dejar sólo.

Ellos se miran
con ganas de enojarse
porque la vida no alcanza.
Se acarician, se aferran
como cayéndose a un abismo.

Esta noche ella se va a morir
le va a salvar la vida a Pablo.
Ellos lo saben, no lo dicen, no hace falta.

María está muy cansada.
Lo único que quieren es tiempo,
pero el tiempo no se puede
y entonces Pablo quiere darle todo,
todo lo que entre en ese pedacito de hora.
El tiempo siempre es tan poco...

Y él quiere darle el mundo,
todo lo que ella quiera.
Pero no se lo pregunta, no hace falta
María siempre supo que él tenía
la palabra corta y el amor ansioso.

Entonces María se lo dice.

Penetrame para siempre, Cucú.

Cucú, porque así le dice ella ,
porque el Pablo que ella nombra
es diferente del que nombran los demás.
Entonces Pablo le regala la inmensidad
ella lo siente, siente lo eterno.
Se llena de una sensación de eternidad
que la suspende por encima de esa noche.

Le regala a Pablo ese último gesto de vida,
esa imagen de placer
que Pablo va a guardar para siempre
con hermosa tristeza.

Pablo sabe que nunca
como en esa noche

entró tanta vida
en un sólo segundo.



Polvo de oro



*Llevo valor, llevo juventud
llevo mi fe en volver, amor
llevo cartas que nunca te di
llevo la luz que nos despertó
llevo discos de los Beatles y
fotos con vos y tu gorro gris
llevo un blues dentro de este ron
llevo a Luis cantándole al Sol
llevo el reloj que me dio papá
y tu razón de querer volar.*

Lisandro Aristimuño

Caja negra

Eduardo es un joyero artesanal
viejo y con poca vista
tiene debajo del lavamanos
una caja negra donde decanta
el polvo de oro que se limpia
de las manos arrugadas.

Anillos

En la ciudad de Eduardo

se casó más gente
en tres años
que en las décadas
de la joyería del arrugado.

El viejo se olvidó
de vaciar la caja negra.

El polvo de miles
de anillos limados
se fue
brillante
por un caño.

Fe

Cuando Eduardo apareció
y se reencontró
con su mamá
en el setenta y seis
le dijo
viejita
sigo vivo
porque tenía

el cuerpo adentro
pero la cabeza afuera
con vos.

Silbido

Cuando Héctor estuvo en el penal de Villa Urquiza
por robo a mano armada
(el arma era un destornillador oxidado
que también había robado
de la obra donde no lo contrataron)
siempre pensó en el afuera
salvo cuando silbaba
y se salía de las rejas
su melodía de cumbia villa.

Los ocho años se pasaron
entre silbido,
deseo y miedo del afuera.
¿Qué iba a hacer allá,
por qué algo iba a ser diferente,
si la droga seguía ahí
si el hambre seguía ahí
si la muerte no se había ido?

Fe II

Marta, su tía
le regaló una virgencita
ahora, al silbido se le agregó el rezo
obsesivo algunos días
suplicando una buena
una buena por favor
cuando esté allá afuera.

Milagro

Cuando el desborde cotidiano
del resumidero de su celda
empezó a dejar
polvo de oro
en el piso,
no tuvo dudas
era un milagro.

Dio las gracias
infinitas
arrodillado
llorando
a la virgencita.

Secreto

Pidiendo perdón
le hizo un hueco
a la base de la virgencita
guardó el polvo ahí
hasta que se llenó
y entonces le pidió a su tía
un San Expedito
un Arcángel Miguel
y un San Francisco de Asís.

Afuera

Hector fue a la joyería de Eduardo
vacío enfrente de él sus estatuillas
Eduardo se mostró sorprendido
y Hector le contó con alegría
su historia de milagros y de polvo
y que pensaba poner
con la plata que le pagara
un delivery de sanguches de milanesa
que había tenido mucho tiempo ahí adentro
para pensarlo.

Eduardo se acordó de sus palabras
en el reencuentro con su mamá
y compró contento
su propio oro.

Piedras

Desde que entramos a la escuela nos enseñan que la piedra está muerta, para poder explotarla. La piedra está viva. Y nosotros venimos de las piedras.

Renzo Cecenarro

Encuentros

Qué triste ser una piedra
y enamorarse de otra piedra
y esperar
a lo mejor mil años
a lo mejor un millón
a que el viento
a que el agua
la erosión o la erupción
permitan el encuentro.

Al lado de mi cama
vive una piedra,
nos encontramos en Salta,
yo estaba caminando por Cerrillos

la vi ahí tirada y me cayó bien,
me la traje acá, a Tucumán
es una piedra rosa
alegre pero nostálgica
me cuenta historias de amor
y desencuentros.

Colorada

La otra noche
ya medio dormidos
me contó que en lo que ahora
se llama Colombia
se cayó por un derrumbe
a la orilla de un río,
un par de siglos después
estando ahí
como quien está
vio pasar una piedra colorada
brillante
llevada por el río
y me dice
esa piedra de río

*con arena de mar
paseaba con el viento
iba vestida de sal
y se le alegran los minerales
como si volviera a verla pasar.*

Eternidad

Anoche volví a preguntarle
de la piedra colorada
tenía mucho interés la piedra rosa
en contarme su historia.

*En ese momento, comenzó a narrar,
en ese momento
perdí el sentido del tiempo
y no sé bien cuantos miles de años pasaron
pero a mí me pareció una eternidad
debe ser porque estaba enamorada
se da cuenta de mi sorpresa
y me aclara
sí, las piedras también sufrimos el tiempo
la cuestión es que volví a verla
a la colorada*

*esta vez a mí me arrastraba un río
en un giro de la corriente me dejó en la orilla
calentándome al sol
y entonces la ví
y fui tan feliz
porque estábamos en el mismo pedregal
aunque cuando una no puede moverse
la distancia siempre es tanta.*

Humedad

Hoy cuando me desperté
vi que la piedra rosa reflejaba
la luz de la ventana,
estaba húmeda
le pregunté por qué tanta tristeza
*¿te acordás que te conté
que nos encontramos en un mismo pedregal?
bueno, ahí no termina la historia
cuando vos todavía ni habías nacido
para, la interrumpo, ¿vos cuando naciste?
yo nací de un volcán, pero esa es otra historia
entonces, cuando no habías nacido*

*un changuito trataba de opa a otro
cerca mío hasta que uno se calienta
y agarra una piedra
que era yo
y me tira al otro changuito
vuelo por el aire y le reviento la cabeza
(a mí no me gusta la violencia
pero qué adrenalina papá)
y en eso caigo con tanta suerte
que reboto contra una piedra grandota
y termino justo arriba de la colorada
y siento su rugosidad
su frescura de sombra
chocando mi calentura de sol
y me humedezco
cuando recuerdo
tanto milagro.*

Moctezuma

*¿Te conté de la vez
que maté a Moctezuma?
¡Cómo que mataste a Moctezuma!*

*Sí, no es que yo haya querido
soy una piedra
cuando Cortez lo sacó al balcón
alguien le pegó conmigo
justo en la frente
no estoy orgullosa
pero es parte de lo que soy.*

Que el sol muera

*Y ahí estábamos
una arriba de otra
eso es convivir
no lo que hacen ustedes
de verse para cenar y dormir.*

*Hasta que se cumplió mi sospecha
nos íbamos a separar
viniste vos y me agarraste
como si fuera un pedazo de nada
sin preguntas
y sin culpa.*

*Pero no te preocupes,
el universo está compuesto
de un número inmenso de partículas,
pero no son infinitas
y por eso son incapaces
de un número infinito de variaciones
de orden y posición.*

*En una duración eterna
todos los órdenes y colocaciones posibles
se repetirán un número infinito de veces.
Este mundo en el que vivimos
con todos sus detalles
ha sido elaborado y aniquilado
y será elaborado y aniquilado infinitamente.*

*Aunque tenga que esperar
que el sol muera y vuelva a nacer
vamos a volver a tocarnos
el desencuentro es imposible*

*Pero hoy que sucede el milagro
de que alguien me escuche
a lo mejor*

*se tuerce el destino
y no tengo que sufrir el tiempo
y no tengo que esperar al nuevo sol.*

Regreso

Anoche la piedra rosa
terminó de contarme su historia
mañana salgo para Salta
a buscar a la Colorada
entre el millar de piedras
que haga falta.

Quiero pedir perdón
a todas las piedras
que alejé sin darme cuenta
de su lugar.

Ojalá puedan regresar
y si no
siempre queda
confiar en la eternidad.

Escritores Invitados

Patricio Gallo

Guau Guau

Él, también conocido por su mamá como Cuchichito Pupulo, o por sus compañeritos de segundo grado de la escuela primaria como Gordo Mogólico o Pelotudito Enfermo, (cuesta creer que un sujeto de tan sólo siete años pueda tener mérito suficiente como para ser merecedor de tan honorable nombramiento) no sólo tenía un conflicto de identidad por ser dos sujetos al mismo tiempo, es decir, un Cuchichito y un Mogólico, sino que también tenía un perrito.

Lo llamaba Guau Guau.

A la hora de nombrarlo, ciertamente, se le había ocurrido un sinfín de nombres magnánimos que iban desde dioses olímpicos a extintas especies del período triásico, porque el Cuchichito Mogólico polifacético tenía conocimiento sobre una que otra cosita, tenía sueltos algunos conocimientos a priori, porque si bien carecía de muchas cosas que sería vano puntualizar, simplemente, porque creo que se dejan ver en el escrito, su mayor carencia era la experiencia.

Imagínense, el nene no podía jugar en el barro porque su mamá pensaba que iba a morir o la tierra se lo iba a tragar. Pero al fin y al cabo era entendible, sólo se tenían el uno al otro. El mundo hacía rato había quedado completamente vacío, y estos dos sujetos, análogos de principio a fin a Aureliano Babilonia y el último Buendía, presenciarían el fin de los tiempos y no sentirían dolor, por la simple razón de que el tiempo hacía rato había dejado de correr y, cuando lo hacía, era para dar vueltas en triángulo, no en redondo, porque esta vida angulosa tenía mucho filo y se

enterraba en el ánimo de las personas, y el dolor era un ingrediente esencial de la vida solitaria con aislamientos autoimpuestos.

Al fin y al cabo terminó llamando a su perro "el Guau Guau", por, mínimamente, dos razones.

Primero, porque había generado la risa de todos los comensales cuando propuso los nombres en la reunión familiar.

Todos rieron, y las risas eran fortísimos estruendos que se clavaban con vigor en el alma del Pelotudito, haciéndole llorar de antemano el llanto que guardaba para la noche, cuando esté solo en una cama y le sea lícito "llorar como el putito de mierda que es, maricón", como sus compañeritos le decían cada vez que se tiraba en algún rincón a lagrimear los maltratos.

Todos sus familiares rieron. La madre, la tele, hasta el cachorro se rió de su patetismo, y en algún punto él también sintió que si fuese un adulto se reiría del intento de extroversión y creatividad de un niño que no entiende cómo son las cosas, con el fin de callarlo y arrancar de raíz todo vestigio de amor por el mundo, porque, si bien él a sus siete años ya lo sabía, sólo después entendería que el mundo no es para extrovertidos ni para gente capaz, en algún punto, de sentir amor.

Todos los comensales, al fin, rieron. El cachorro comía croquetas trituradas, él y su mamá comían alguna de las comidas rutinarias de siempre, y la tele se alimentaba del dolor.

La segunda razón era que había cierto placer indecible en recordar constantemente la muerte y en pensarla, en deseirla, en buscar tocarla.

Recordaría la muerte porque el perrito anterior se había llamado Guau, nombre puesto por él cuando tenía apenas dos años y lo único significativo eran las onomatopeyas.

Y por no hacer extenso el escrito, aunque grato (espero), decido no contar qué desgracia corrió por el cuerpo del Guau.

Si este se llamaba Guau Guau nadie más se le reíría, porque no se puede esperar que un niño de dos años piense en un nombre distinto, porque si bien ya tenía siete, para su madre jamás había dejado ni dejaría de tener dos años, era débil, frágil, dependiente, tonto, y aparte, eso le recordaría a Guau, aunque lo que en realidad le importaba recordar era la muerte en tanto destino inexorable y punto de llegada de todas las almas, porque después de todo, todos nos morimos... qué alivio.

Al Gordo Mogólico le interesaba la muerte.

El Cuchichito Pupulo se quería morir.

Guau Guau era, como mínimo, fantástico.

Era el único que no se había enterado lo infeliz que era el mundo que quedaba después de tantos atropellos.

Guau Guau era el único feliz.

Constantemente vivaracho, ese perro había llevado una cuota de paz a la familia.

La única que no estaba tan contenta era la tele, porque ya no se le prestaba tanta atención y porque el dolor del que se alimentaba disminuyó con la llegada del Guau Guau.

Paseos por dentro de la casa, juegos, secretos, todo eso compartían, y mucho más.

Guau Guau era el único que apreciaba las alas en proceso de putrefacción prematura del niño, y digo niño porque el perro

desconocía que él era un Gordo Mogólico, o un Cuchichito Pupulo, que al fin y al cabo eran prácticamente lo mismo. Lo desconocía, digo, porque hablamos de un perro, y desconocer una realidad tan evidente como la falta de inteligencia y valor del Cuchichito era explicable sólo a través de un individuo sin razonamiento humano. O, a lo mejor, el perro entendía mucho más que nosotros la vida, y para él, el niño no era ni una cosa ni la otra.

Una noche, como era costumbre, el niño estaba llorando. Lloraba por cosas que no comprendía y que al fin y al cabo no podía comprender, porque era muy chico, primero, y segundo, porque simplemente él no podía.

Esa misma noche, sintió arañazos en la puerta y abrió. Guau Guau estaba adentro y en sus ojos se percibía un claro temor mientras se refugiaba en los bracitos del niño, y él empezó a acariciarlo.

Ninguno de los dos entendía las causas del horror. El niño sólo sabía que llorando por las noches impedía que su mamá lo vea, y por lo tanto, impedía que terminen llorando los dos en un círculo vicioso donde, una vez lloradas las causas inentendibles, se pasaba directamente a llorar el llanto del otro, y así estaban, mirándose fijamente entre sí, llorando a los gritos, hasta que se agotaban las lágrimas de uno u otro, porque el dolor no cesaba ni cesaría jamás. A lo mejor ese llanto a dúo era la excusa perfecta para llorar la soledad tremenda y la infelicidad infinita que sentían.

Se amaban. Se amaban infinitamente madre e hijo, pese a no haber conocido más amor que el amor enfermo.

Cómo enojarse con los que le decían Pelotudo Enfermo, si al fin y al cabo algo de razón tenían. El mundo lo estaba enfermado, y

terminaría por matarlo, pero hasta ahí no llega mi historia. El niño no entendía qué le había pasado a Guau Guau para terminar así. Era incomprensible que el único individuo alegre del hogar tenga tanta pena en los ojos.

El reclamo constante de afectos hizo entender al niño que el único dolor que sentía su amigo, era el dolor de él mismo.

Pensó en la injusticia que supone que alguien lleno de vida ingrese en un ambiente tan muerto. Qué injusto era pensar que Guau Guau iba a tener que tolerar durante cada noche los dolores infinitos del niño, o de la madre, o de los dos.

Empezó a acariciar con más fuerza a Guau Guau, y con más fuerza aún, experimentando por primera vez en su vida, rabia. Por primera vez el dolor se convertía en odio, recurso que, a lo largo de su vida, lo salvaría incontable cantidad de veces de muchas cosas, el suicidio entre las más leves.

Cuando volvió en sí, estaba agarrando con fuerza el pelo del perro, sacudiéndolo de aquí para allá, y el perro no hacía más que emitir uno que otro sonido, porque ya se estaba enfermando, y en el maltrato del Gordo Mogólico veía el amor. Su docilidad era tan grande que no se le podía ocurrir hacerle algún daño.

El Pelotudo, sosteniendo al Guau Guau en brazos, se dirigió a la cocina.

Sintiendo que realmente le hacía un favor al perro, el Cuchichito agarró un cuchillito y, sintiéndose reflejado en el objeto, porque aparte el filo era muy preciso, partió al medio al animal.

En pleno estado de conciencia y sin lágrimas ni expresión aparente en el rostro, lo partió al medio y sus piernas se llenaron de sangre. Le estaba haciendo un favor.

Empezó por el pescuezo y fue directo a los genitales.

No recordó ningún quejido del animal, salvo una mirada repleta de terror y pedidos de auxilio, y uno que otro alarido estridente de dolor indecible, pero no eran quejidos, era amor y agradecimiento. Transcurrida la noche, llegado el amanecer, el niño seguía mirando a un punto fijo sin expresión aparente en el rostro y con el perro muerto en brazos y el cuchillo al costado. Sabía que había actuado bien. Le había demostrado que lo amaba. En esa casa, el amor se demostraba así.

No sólo mató al perro, se mató por primera vez a sí mismo y sintió el regocijo invaluable que eso generaba, una plenitud ilimitada, sin saber que a lo largo de su vida se mataría incontable cantidad de veces.

Transcurridas más horas, el olor a muerte le perturbaba y quiso enterrarlo.

Lo llevó a rastras hasta el patio trasero y cuando quiso agarrar la pala, sus bracitos de siete años se lo impidieron, entonces, optó por la solución más inmediata, la de dejarlo ahí, tirado, total en la casa se exhibían muertos de sol a sol. En esa casa no había gente con vida.

El niño seguía desprovisto de cualquier emoción manifiesta, ya había olvidado, inclusive, el llanto que había llamado la atención de su amigo cuadrúpedo la noche anterior, sólo sentía plenitud de conciencia, porque había matado a alguien que quería morir.

El Cuchichito Pupulo quería morir y no conseguía a nadie que lo mate. Ojalá lo hubiera encontrado.

De repente, un cierto olor a rutina llegó a oídos del Gordo Mogólico, que desde chico experimentaba la lisergia cada mañana al abrir los ojos.

Era su madre que lo llamaba a desayunar con ella.

Despertó poseído de espanto por la pesadilla que tuvo, y fue corriendo a buscar a su cachorro, prometiéndose a sí mismo y al cachorro, antes de verlo, que jamás lo asesinaría, aunque mantenía con firmeza la idea de que en sus sueños le había hecho un favor matándolo, pero sabía que no tenía el coraje suficiente como para hacerlo en la realidad.

Sus bracitos incapaces de alzar una pala, dieron vuelta la casa, haciendo suficiente ruido como para llamar la atención de la paciente madre, que vio la escena y prorrumpió en cuestionamientos.

Le explicó que buscaba al Guau Guau, que quería verlo, que lo necesitaba, que había soñado algo feo con él.

La madre, sin entender qué era lo que el niño decía, le explico que en la casa no había ni nunca hubo ningún Guau Guau. El niño desesperó pensando que, a lo mejor, su madre lo había matado, y no él.

Recorrió toda la casa de punta a punta, y no había rastros de nada. Ni del alimento para perros, ni del recipiente con agua, ni de la correa, ni del cuchillo repleto de sangre, ni del cadáver, nada. Entonces le creyó, porque, aparte, el recuerdo del Guau Guau era bastante difuso como para haber sido cierto.

Se sentó a desayunar en silencio con la mirada perdida, prometiendo que después acomodaría el desastre.

La madre lo miraba inquieta. No sabía qué era lo que pasaba por la mente del niño.

Entonces, intentando ser comprensiva, le preguntó si lo que quería era un perro.

El Cuchichito Pupulo, sin pensarlo dos veces, y probablemente ni una, contestó: "¿para qué? ¿para que venga a ser un infeliz como nosotros?".

Empezó experimentando el odio en sueños, pero, como dicen los optimistas, los sueños se hacen realidad.

No se habló más durante lo que restó del desayuno.

Ciertamente, la madre podría haber contestado muchas cosas poniéndose en contra del juicio del niño, pero ninguna habría sido cierta.

El Gordo Mogólico tenía razón.

Lo único que en esa casa era feliz, era la tele.

El Pelotudito Enfermo se levantó, ordenó gran parte del desastre, y se fue a soñar que conquistaba de nuevo la felicidad con otro perro. Esta vez, intentaría no matarlo.

Patricio Gallo

Walter Juarez

Elocuente

Resulta extraño

la ciudad arde a las once de la mañana

y el escavio empezó a rondar el rancho

pero lo que estalla junto a la mirada hacia el asfalto

es un profundo silencio

sobre nosotros.

Vos arrancá guacho

ponéte pillo que dará sed la caminata y hay que hacerla

el día te demanda que le garantices tu existencia

y ahí nomás soltás el humo que se esconde en tus ojos

como una vereda donde rancha la calma

dinamitando las expectativas del sobreviviente

las sobras tendrán un aliado en la sumisión

de pirómanos editorialistas

surgen los menú que la idiotez almorzará

sin los sobornos que la indiferencia ejerce al gusto

esos pobres que se ve en la tele caminan a mi lado y los miro al

peinarme

los veo en forma de rayo entrando en mi lapicera

planteando el concepto de expropiación

la idea de forjar hablando del amor
ir a la acción directa
y proclamar la poesía como lenguaje de las almas
me voy a celebrar la villa
iré por la ciudad a derretirme en sus esquinas
y cuando viento venga
como los versos en las lenguas de los ojos
pude haber al kiosko de la piel
a comer las ofertas en golosinas
sin embargo vivo desde esa muerte
como viven los abismos de la abstinencia
alrededor de los sueños que yacen
perturbados
en los temblores
que el abandono provoca en los que duermen fusilados
sin que presuman de asesinos
ciertos brillitos
deberían asumir ésta barbarie.

Una canción mientras suena el viento

Escribo poesía
sobre los escombros del capitalismo
donde yacen urgidos
los caprichos de las bestias
y me mando a la ciudad
a pegar ratitos
en la bici me conecto
y escucho tomarse el palo al silencio
mientras saco a presumir la revolución
y descalzo en mi lengua
voy a tatuarme la belleza
de punta a punta en los cuadernos que esperan
los versos
el ecosocialismo
y el reconocimiento
de lo hermoso de éste mundo.

Walter Juez

Marco y yo (Epílogo)

A Marco le gustan los alfajores. Los compra en el bondi, camino a la facultad: 3x\$10. *Changa, un regalo. Me los vendió un pibe que parecía Silvio. Tal vez a esto se refería con eso de multiplicar panes y peces. ¿Querés uno?* Así. Todos los días. También a Marco le gusta mandar audios por whatsapp, largos, pausados, reflexivos. Pato una vez me contó que Marco le mandó uno de catorce minutos. *CATORCE BOLUDA, ¿te das cuenta? Casi me muero.* Después nos enteramos que fueron catorce porque Pato quería una explicación sobre Voloshinov. Catorce, esa vez, quizá fueron pocos.

Mi amigo Marco sin “s” (por favor, recuerden, sin “s”) normalmente usa boina, a pesar de que tiene la costumbre de olvidársela en los asientos del 102. Ahora usa gorra, porque la María Paz le dijo que se acerca el verano, y que la boina es de invierno, y que en *Micumán* se le van a cocinar los sesos. También tiene barba, porque dice que sin barba parece pendejo, pero en realidad yo sé que la usa para pensar mejor. A veces le pido que me preste.

Mi amigo Marco es mi amigo desde hace algunos años. Nos hicimos amigos cantando Silvio Rodríguez y comiendo magdalenas vencidas. Así, de sopetón. Hoy hablo en calidad de amiga, y de nada más: de poesía no sé nada. Pero como la poesía de mi amigo está hecha de las pequeñas cosas de la vida, y creo que Marco en su poesía dice que las pequeñas cosas de la vida son lo más hermoso, y como la amistad es una de las cosas más lindas de la vida, aunque no sea tan pequeña, entonces escribo en calidad de

amiga que lee. Esta es mi lectura de la poesía de mi amigo. Soy una amiga emocionada.

La escritura de Marco está brotada de personitas, como diría Galeano. Es una poesía llena de gente, llena de voces y llena de historias, que al final son la misma cosa. Historias de amor y cuerpos encontrándose. Historias de héroes anónimos que hacen milagros, como manejar colectivos y levantar edificios. Historia hechas de amor, amor mirado con ojos de niño, con esa inocencia llena de magia. El amor, entendido como milagro cotidiano, y como admiración de ese milagro, tal vez admiración de sí mismo. Admiración que produce infinitamente otros milagros, milagros desacralizados y cotidianos y cercanos y tangibles y hermosos; milagros como encontrar polvo de oro en un inodoro de Villa Urquiza o como Pablo, que *sabe que el amor apura el tiempo*.

Y admiración. Y asombro. Asombro de las pequeñas cosas. Eso es poesía para mí después de *Micumán*. La pequeñez es un montón, es inmensa, como un edificio que empezó siendo un ladrillo. Casi parece una paradoja. Asombro por el paso del tiempo, que debería ir para el costado, y a veces para atrás, como le pasa a nuestra amiga Majo. Asombro porque *sufrimos el tiempo*, como la entrañable piedra enamorada del poema *Piedras*.

El tiempo, lo eterno y lo infinito atraviesan el relato que construye mi amigo Marco. Lo eterno se construye con lenguaje, que también construye sueños y deseos. *Siempre queda confiar en la eternidad*. La eternidad es el encuentro. El tiempo y lo eterno, es decir, el otro que a veces parece lejano – *la distancia siempre es tanta* - está en tensión constante con los cuerpos: *el tiempo está*

después de sus cuerpos leemos en Pablo y María. La verdad de los cuerpos lucha contra la tiranía del tiempo – *porque la vida no alcanza* -, que impone distancias, pero *cómo va a ser poco, si no tengo más*. Al final entendemos que *el desencuentro es imposible*. El asombro se torna alegría nostálgica; el diálogo entre alegría y desencuentro. Asombro y alegría de niño, que ve por primera vez. Y nostalgia de niño, que busca el amor de papá.

Y tristeza. Y cómo no, si dice mi amigo que dice Dolina (que a él le gusta tanto) que toda alegría presupone un olvido momentáneo de la *tragedia esencial de la vida*. O algo así. Y también creo que dice que no es posible ser alegre, al máximo se puede estar alegre en algunas circunstancias, sólo para no recordar que hemos de morir. Algo así creo que dice Dolina. Y ya habrán notado todos que Marco no es una persona precisamente “*simpaticona*” (creo que Dolina usa esa palabra un poco antipática). Y sí, si él mismo dice que tiene la tristeza pegada a los ojos. Y otros como mi mamá, que lo quiere tanto, dicen que parece el mismísimo Jesús: piadoso, paciente, sufriente. El inevitable avance de la muerte está presente en la poesía de Marco, pero la angustia se supera *con y en el otro*: el tiempo, de nuevo, está después de los cuerpos. Así, la literatura de Marco es todo lo contrario a literatura de evasión. Es literatura de acá. De acá *Micumán*, de acá tierra-mundo-realidad (¿realidad?), y de acá condiciones materiales de existencia, y por algo será que le decimos Marx.

Final feliz, dice Dolina en Elogio a la tristeza. Y cito, porque me parece oportuno:

“No hemos sido hechos alegres ni tristes, me parece. En cambio estoy seguro de que hemos sido hechos libres. Podemos elegir entre la alegría y la tristeza. Pero, en todo caso, la alegría a la que debemos apostar no es la que significa olvidar nuestros pesares. Hay una alegría superior, acaso reservada a muy pocos hombres. Para alcanzarla hace falta coraje, sabiduría y sentimiento. A veces, santidad. Ser alegres conociendo nuestro trágico destino (...). Claro, esa alegría que nada tiene que ver con los goles de Kempes, ni con los programas de Olmedo. Es triste, pero es así”.

Alegría y coraje de perseguir los sueños. Sueños por los que hay que pelear, aunque tengas que arrancar los cimientos de la casa para estar más cerca de tu abuela: en la escritura de mi amigo descubrí que en bondi se puede llegar a cualquier parte, tal vez incluso hasta donde habita papá.

Micumán me transportó a mis años de infancia tucumana, con toda la tibieza de un abrazo de reencuentro. Cuando mi amigo me mandó por primera vez el archivo de su libro yo estaba lejos, bastante lejos, y *Micumán* me devolvió a casa, sin preguntarme. Me reí, de los recuerdos. Cuando tenía como 7 años, u 8, o 10, recibimos una visita en casa. Era la familia de Pablo y Kity, amigos de mis viejos. Traían a su hijo pequeño (más pequeño que yo, en ese entonces) y una historia divertida, de esas que divierten porque nos recuerdan que los niños son más inteligentes que nosotros. Cansado de viajar, el pequeño Joaquín, que había escuchado ya muchas veces que tenía que mantener la cola en el

asiento muchas cuatro horas desde su Salta para llegar a un lugar de nombre gracioso, (Tucumán, que dicho sea de paso, nadie sabe por qué le pusieron así, ni el mismo Francisco de Aguirre, el responsable de poner mástil, acta y cruz en la tierra de los mosquitos), preguntó, enojado, ansioso, con la cola dolorida tal vez, “¿cuánto falta para llegar a Micumán?”. Joaquín, el pequeño salteño, se apropió de nuestro Tucumán como nosotros de sus piedras. En ese momento nos pareció muy graciosa la ocurrencia. Hoy la coincidencia me hace sonreír, de inocencia, como toda la poesía de Marco.

-
- ¿Micumán es un superhéroe?
 - (Risas) ¿Cómo se te ocurre, María?
 - No sé, te digo que me decís Micumán y me parece un superhéroe.
 - Sí, en realidad sí, puede ser. Voy a escribir eso.

En la escritura de mi amigo descubrí, además, que los héroes también tienen miedo. Mi papá, por ejemplo, les tiene un montón de miedo a los gatos. Un día a las tres de la mañana, *yendo de la cama hasta el living*, lo encontré subido a una silla con una escoba en la mano. Lo rodeaba un tender en el piso, a modo de trinchera. Yo me había levantado por el ruido. “¿Papá, qué te pasa?”. “¡Cuidado, entró el gato!”. Como el gato no aparecía, nos fuimos a dormir. Al día siguiente, debajo del ropero, lo encontramos. El furioso miedo felino y hambriento, que había entrado porque nos

habíamos olvidado de guardar el pollo en la heladera, salió solito a la siesta. Después nos dimos cuenta que los miedos a veces se van solos, cuando se los deja tranquilos.

Yo no soy una heroína, pero también tengo miedo. Justo ahora, mientras escribo con un nudo en la garganta. Es que mi amigo me devolvió un poquito de valor y me animé a escribir estas palabras. Es que *Micumán* no sólo me devolvió recuerdos, sino que también me devolvió la poesía. A mí me gustaba escribir. Un día no escribí más, me empezó a dar miedo, miedo como el que Marco tiene a los alacranes, miedo como el de Pablo de perder a María. Miedo. Miedo como el amor: *Porque cuando era chico/el miedo/y el amor/ eran la misma cosa.*

Leyendo a mi amigo reencontré, finalmente, la intensidad y la fuerza de *la palabra*. Tal vez, después de *Micumán*, pueda volver a escribir.

Agustina Ganami

Índice

Micumán.....	3
Prólogo (Osvaldo Bossi).....	7
Giuliana.....	11
Soles viejos (canción).....	22
Una de cal y una de arena.....	23
Evolución de mi forma de correr.....	33
Tamalito.....	39
Pablo y María.....	57
Siesta (canción).....	66
Majo.....	49
Polvo de oro.....	67
Piedras.....	75
Escritores Invitados.....	85
Guau Guau (Patricio Gallo).....	87
Elocuente / Una canción mientras suena el viento (Walter Juarez).....	97
Epílogo: Marco y yo (Agustina Ganami).....	105
Poema a los jueces Dante Ibáñez, Néstor Macoritto y Fabían Fradejas por hacer justicia para Celeste.....	111
Poema celebración de la absolución a Belén.....	112

